

# ***La extensión universitaria interpelada: género, sexualidades y feminismos***

**Eduardo Mattio** | eduardomattio@gmail.com | Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

**Liliana V. Pereyra** | lilianavpereyra@gmail.com | Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad Nacional de Córdoba, Argentina

En diversos espacios de la universidad pública de nuestro país y de la región, desde hace al menos tres décadas se han multiplicado distintas experiencias de investigación y de docencia de grado y posgrado desde un vigoroso ideario feminista. En la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), por ejemplo, no sólo contamos con múltiples espacios curriculares (por lo general optativos) en distintas carreras que brindan a l\*s estudiantes herramientas para abordar cuestiones de género y sexualidad; un profuso desarrollo de los “estudios de género” también se ha diversificado en la oferta de posgrado, particularmente en el doctorado sobre la temática que se imparte desde la Facultad de Ciencias Sociales. El vínculo entre investigación, género y sexualidad también ha sido fructuosamente cultivado en nuestra universidad: numerosos proyectos (individuales y colectivos) y no pocos programas de investigación, evaluados y subsidiados por distintas agencias de financiamiento, contribuyen con su trabajo sostenido a la consolidación de los estudios de género y sexualidad entre nosotr\*s.

Ahora bien, no sólo la investigación y la docencia han sido terreno propicio para la generación y promoción de saberes y prácticas feministas. Con menos visibilidad, quizá, pero no por ello menor relevancia, los espacios universitarios también han estimulado diversas iniciativas extensionistas que asumen como propia una perspectiva de género o sexo-disidente. Una amplia variedad de actividades, proyectos y programas de extensión han podido desarrollarse en la UNC desde un compromiso político que abreva en las agendas de los feminismos, de los movimientos de mujeres y de los colectivos LGTB+. Más aún, desde hace

al menos cuatros gestiones rectorales se ha sostenido, al inicio bajo la órbita de la Secretaría de Extensión Universitaria, un Programa de Género<sup>1</sup> que expresa la pregnancia que las cuestiones de género y sexualidad han tenido a la hora de estructurar el vínculo entre nuestra universidad y la sociedad. En la Facultad de Filosofía y Humanidades (FFyH), por su parte, desde hace varias décadas el compromiso con las cuestiones sexo-genéricas han motivado el sostenido trabajo académico y activista del *Área de Feminismos, género y sexualidades* (FemGeS) y más recientemente del *Programa de género, sexualidades y educación sexual integral*, creado, entre otras razones, a los fines de responder a las diversas demandas de violencia de género presentes también en nuestros espacios universitarios. En virtud de ese fecundo trayecto colectivo, es propósito de este *dossier* reunir algunos aportes que hagan visible la diversidad de registros en que género, sexualidades y feminismos han interpelado (y se han dejado interpelar) por las prácticas extensionistas. Este nuevo número de la *Revista E+E: estudios de extensión en humanidades* ofrece así algunas pistas que permiten mapear la riqueza, la variedad y la amplitud de problemas y experiencias que el cruce entre género, sexualidad y extensión trae consigo.

\* \* \*

¿Cómo cabe describir la particularidad del tiempo-ahora en el que dicho cruce se realiza? En lo que respecta al campo heterogéneo del género y la sexualidad, el contexto actual está fuertemente definido por una condición ambivalente. Por una parte, asistimos en nuestra región a una creciente y pronunciada retracción de los derechos humanos en general, y de los derechos sexuales y (no) reproductivos, en particular. Pese a los avances y conquistas en materia de ampliación de derechos que supusieron leyes como la de Educación Sexual Integral, la de Protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres, la de Matrimonio igualitario, la de Identidad de género, entre muchas otras, la noche macrista deparó un retroceso respecto del cumplimiento y la plena implementación de tales reformas jurídicas. En efecto, la confluencia renovada e insistente de neoliberalismo y neoconservadurismo que supuso dicha gestión habilitó una multiplicidad de prácticas, narraciones y experiencias que redujo nuestra vida corporal a vida productiva. En ese marco, las diferencias de género y sexualidad, en su cruce con las de clase, raza, edad, etc., se experimentaron más claramente como vectores de desigualdad, es decir, como marcas que cercenan decisivamente la posibilidad de realizar una vida (completamente) vivible. Hasta hace meses, la Argentina bajo la gestión macrista y otros lugares del continente (Brasil, quizá, el caso más palmario), han sido un laboratorio ominoso de políticas públicas que retacean la redistribución económica, el reconocimiento cultural y la representación política de amplios sectores de la población, en particular de mujeres, lesbianas, travestis, trans, no binaries, maricas y otras posiciones identitarias desaventajadas.

<sup>1</sup> Desde fines de 2019, dicho Programa ha adquirido un rango más estable en el organigrama universitario, dando lugar a la Unidad Central de Políticas de Género.

Por otro lado, como contrapartida de ese problemático rebrote conservador, somos testig\*s también de una prometedora masificación del feminismo en diversas esferas de la cultura. Desde la multitudinaria ocupación del espacio público que supuso la primera marcha #NiUnaMenos, en junio de 2015, hemos sido arrollad\*s por el empuje de una “marea feminista” que extiende a distintos ámbitos, territorios e instituciones el fermento poderoso capaz de desmontar el contrato sexo-genérico que nos sujeta. Como advierte Verónica Gago (2019), en esa *potencia feminista* confluyen una masividad y una radicalidad inusitadas, que no sólo describe en términos novedosos las viejas opresiones que subordinan a las mujeres y a otras identidades sexo-genéricas; los feminismos en su prodigiosa multiplicidad han podido delinear, desde un imaginario antipatriarcal, anticolonial y anticapitalista, una resistencia transnacional feminista que devela y desmantela la contraofensiva neofascista en la que hoy se articulan actores y colectivos neoconservadores y neoliberales. Este presente que compartimos, heredero de largas décadas de reflexión y lucha feministas, nos hace capaces de urdir otras formas de experimentar nuestros cuerpos, identidades y deseos; concretamente, en el horizonte distópico en el que nos pone la Covid-19, nos vemos desafiad\*s a imaginar junt\*s el fin de este mundo y de esta normalidad como una tarea indelegable, como un quehacer impostergable para la que sólo contamos con nosotr\*s mism\*s y nuestra capacidad de organizarnos. En este marco conflictivo y prometedor, en el que se disputan vigorosamente los imaginarios y regulaciones sexo-genéricos que nos subjetivan, las prácticas extensionistas pueden intervenir para interrumpir o alterar los horizontes socio-culturales que habitamos. Respecto de ese enclave incierto, entonces, este número de la *E+E* se propone interperlar a la extensión universitaria para que asuma y profundice, más temprano que tarde, una perspectiva feminista que encarne el deseo de cambiarlo todo.

\* \* \*

Ahora bien, ¿qué significa para el campo extensionista asumir una perspectiva feminista? ¿Qué desafíos trae consigo el proponer o ejecutar una actividad o proyecto extensionista que haga lugar a una sensibilidad sexo-disidente? ¿En qué se ve alterada o mejorada una experiencia extensionista cuando se hace lugar a la teoría-praxis feminista? ¿Qué compromisos (éticos, políticos, estratégicos, procedimentales) involucra en términos extensionistas una comprensión feminista de los sujetos sociales y de las prácticas de intervención social? O también, ¿qué hace una propuesta extensionista con las cuestiones sexo-genéricas? ¿En qué modos una política extensionista puede contribuir a enriquecer o problematizar las agendas de los movimientos feministas y LGTB? ¿Qué efectos positivos es posible esperar de la co-construcción de saberes que provienen de la práctica extensionista, del movimiento feminista y del campo de la diversidad sexo-genérica?

Es necesario recordar, desde luego, que, así como no existe *un* saber/hacer feminista, tampoco existe *un* saber/hacer extensionista. Es por eso que sus encuentros, desencuentros, (re)encuentros y contaminaciones adquieren modos y formas muy diversas. En este número de *E+E* advertiremos estas búsquedas, por ejemplo, en algunos casos desde apuestas estrictamente teórico-conceptuales que aseguran la necesidad y potencialidad del cruce entre extensión crítica y feminismo(s) haciendo eje en la integralidad y la transversalidad que justifican y ensayan ese cruce. Sabremos de “ensayos de laboratorio” que con rigurosidad boticaria y conceptual, que con compromiso corporal han delineado el recorrido que visibiliza y desaprende las empatías con la crueldad, ensayando pedagogías otras. Sabremos de talleres de producción que algunos en su hacer se han abierto como espacios para colaborar en la cicatrización de procesos dolorosos de violencia y abuso sexual, otros devinieron campañas informativas y de sensibilización y otros espacios de lectura y escritura creativa vivenciados como una posibilidad de salir, de estar afuera, dentro del contexto de encierro. Encontraremos también la experiencia de tejido colectivo en la producción de un “librito” que es de un “nosotras” y que sólo se reconoce posible si “nos” suma a otras. En otras palabras, las experiencias que se reúnen en este número de *E+E* dan cuenta de que no hay *una* manera única y específica de “hacer extensión feminista”.

En la mayoría de los casos estas experiencias se han construido, descubierto, reconocido feministas en el andar. Un andar que entretejió saberes diversos y que habilitó más preguntas: ¿qué hacen el género y las sexualidades con la extensión? Y al mismo tiempo, ¿qué hace la extensión con nuestros imaginarios feministas? Probablemente —tal como se evidencia en los textos que componen el presente *dossier*— no haya una manera unívoca de responder estas preguntas. Tal vez sea ésta una de las maneras en las que el feminismo nos convoque: andando nos damos cuenta que algo de lo habitual, se hace ajeno, lo vemos con extrañeza. Lo revisamos, lo volvemos a mirar, advertimos que aquello que estaba siendo ya no puede seguir siendo del mismo modo. Así, a partir de experiencias situadas, quizá podemos encaminar alguna suerte de respuesta si entendemos, si sentimos que un *quehacer extensionista feminista* supone anudar la provisionalidad de dos campos que saben de sus fragilidades y de sus incertezas. Podemos imaginar/ensayar una extensión interpelada por el feminismo si aceptamos que el saber que uno y otro pueden proponer carece de principios necesarios o de dogmas indiscutibles que se puedan imponer con algún grado de violencia, y que por no disponer de tales certezas confían en el juicio reflexivo que pone en juego el trabajo compartido.

No podemos abandonarnos a la convicción de que la extensión es de suyo, sin más, feminista. Nada indica que así lo sea. No lo es cuando enmienda, repara, emparcha lo que ha sido roto. Cuando hace sin actitud crítica o imaginación transformadora. Tampoco cuando explícita o implícitamente devuelve o paga algo que inmerecidamente le fue dado.

Sí es *posible*, en cambio, en otras circunstancias. Cuando se asume como parte de la tarea de agrandar mundos, cuando es parte activa en procesos radicales y transformadores. En ese caso, tiene ciertas ventajas respecto de las demás funciones universitarias, mucho más cercadas por la infalibilidad y las certezas. Tiene más chances por tratarse de una suerte de piel, de una superficie extensa que funciona, en términos institucionales, como privilegiada zona de contacto, por ser, en palabras de Marcela Carignano (2017), un “espacio de frontera”. Tiene una potencialidad en ese sentido: sus dinámicas de entrecruzamientos inevitables, sus estrategias de bordes confusos, su cuota de incertidumbre la hacen especialmente abierta, la aproximan al gesto feminista que se permite cuestionarlo todo.

Haremos extensión feminista, entonces, si somos capaces de sumar la habilidad que el campo extensionista y el feminista tienen para hacer audible lo inaudible, para hacer visible lo invisibilizado, para desnaturalizar lo que se da por sentado. Haremos extensión feminista si podemos proponer(nos) estrategias de intervención que involucren alguna forma de compromiso colectivo que se cocine en la fragua de una reflexión y de un sentir compartido. Seguramente, aquellas iniciativas extensionistas que se reconozcan como feministas se verán munidas de herramientas (teóricas y políticas) que representen en otros términos nuestros cuerpos, subjetividades y emociones. Aquí aparece una nueva posibilidad y también un nuevo desafío: ¿qué hace la universidad, la institución con “eso” que la extensión feminista moviliza? ¿Qué certezas está dispuesta a revisar, qué prácticas está dispuesta a cambiar, qué recorridos será capaz de iniciar, de profundizar...? ¿La universidad se dejará alcanzar por la marea? ¿Cómo saldrá de ese revolcón?

Pero también, ¿qué le hace la extensión a los feminismos? En principio, los saberes feministas que se vean interpelados por la práctica extensionista no podrán menos que conectarse con narraciones, experiencias y prácticas que desde el territorio invitarán a coser y descoser las convicciones ideológicas y las respuestas afectivas que sostienen nuestros activismos. El barro de la experiencia extensionista habrá de conmovir, como efectivamente lo hace, los principios, las expectativas, las estrategias que compuso trabajosamente nuestra imaginación feminista. El campo en el acontecer del quehacer extensionista tiene la potencia de invitarnos a deshacer y rehacer aquello que creíamos seguro; sólo así nos permite responder-con-otr\*s el desafío que nos imponen las demandas que llegamos a construir provisoriamente. Como sugiere Jack Halberstam,

“[n]o podemos predecir qué nuevas estructuras remplazarán a aquellas en las que hasta ahora hemos vivido, porque una vez que hayamos derribado toda esta porquería, inevitablemente veremos más y veremos de una manera diferente, y sentiremos una nueva forma de desear, de ser, de devenir.

Lo que querremos después de ‘la quiebra’ será diferente de lo que creíamos querer antes de la quiebra y ambas son necesariamente diferentes del deseo que surge precisamente de estar en la quiebra” (2017: 19).

En pocas palabras, no habrá feminismo, privilegiado o popular, académico o territorial, que no se vea sanamente importunado y confundido por lo que las prácticas extensionistas recogen a su paso. Siguiendo a Donna Haraway (2019), creemos que feminismo y extensión pueden unir fuerzas para reconstituir los refugios que, pandemia mediante, hoy más que nunca resultan urgentes. Uno y otro pueden ayudarnos a recomponer esta tierra arrasada por la violencia capitalista, patriarcal y colonial que nos subjetiva, y así volvernos capaces de figurar los relatos que hagan posible un mundo para tod\*s.

## **Bibliografía**

Carignano, M. (2017). En la frontera: pensar la universidad desde el movimiento y la otredad. En AA.VV., Fronteras universitarias en el MERCOSUR. Debates sobre la evaluación en prácticas en extensión. Editorial de la FFyH.

Gago, V. (2019). La potencia feminista. O el deseo de cambiarlo todo. Tinta Limón.

Halberstam, J. (2017). El afuera indómito: con y para los abajocomunes. En Harney, S., y Moten, F. Los abajocomunes. Planear fugitivo y estudio negro. Campechana Mental-Cráter invertido.

Haraway, D. (2019). Generar parentesco. Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno. En Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno. Consonni.

Licencia Creative Commons

Este artículo se distribuye bajo una Licencia CCReconocimiento SinObraDerivada 4.0 internacional.

